

CAPITULO QUINTO

Los indios Ayomanes, Jirajaras y Gayones

En la región limítrofe de los actuales Estados Falcón y Lara encontraron los primeros conquistadores, como ya hemos dicho, los indios Xaguas, Ayomanes, y Ciparicotes o Chipas que colindaban con los Caquetíos y Jirajaras, principales pobladores del territorio de Coro. Veamos ahora las noticias que con respecto a estos indios contiene la narración del primer viaje de Federmann, a quien Dalfinger, a su partida para Santo Domingo, dejó encargado del Gobierno de la Provincia de Venezuela.

El 12 de setiembre de 1530 partió Federmann de Coro hacia el Sur, acompañado de 110 hombres, 16 caballos y 100 indios Caquetíos. En mes y medio de correrías por aquellas sierras halló cuatro naciones distintas entre sí, cuyas lenguas se diferenciaban tanto, que los intérpretes indígenas (Caquetíos) tuvieron a veces que recurrir a cinco traslaciones, antes de poder inteligenciarse. Estas tribus no eran muy numerosas y carecían de los metales preciosos que, con tanto empeño, solicitaban los europeos.

El 15 de setiembre entró Federmann en las tierras que eran del dominio de los Jirajaras o Xideharas, según su propia ortografía, y de ellos informa que poseían poco oro, como que no había minas de ese metal en su territorio, y que no comerciaban con sus vecinos porque todos los que vivían en aquellas montañas eran sus enemigos. Además, agrega: “comen carne humana y devoran todos los individuos de otras tribus de que pueden apoderarse”. No obstante este estado de salvajismo, Federmann atravesó sin inconveniente alguno todo el país de estos indios en una extensión de 70 a 80 kilómetros, de Norte a Sur.

El día 23 de setiembre llegó la expedición a Hittova, última aldea de los Jirajaras, y allí supo Federmann que dos jornadas más adelante hallaría otra nación, llamada de los Ayamanes¹ y que por ser enemigos de los primeros, estaba despoblado el trayecto intermedio entre el territorio de éstos y el de los anteriores. Decíanle los Jirajaras de los Ayamanes que “aunque eran enanos, eran muy valientes y la comarca salvaje y montañosa”².

Sigue el relato del conquistador teutón, así: “En la mañana del tercer día llegamos a una aldea de seis u ocho casas, que es la primera de la nación de los Ayamanes. Temía que si los sorprendíamos se atemorizaran porque jamás habían visto, hasta entonces, hombres vestidos y barbados, y así se pusiesen en fuga, lo cual quería evitar en lo posible. Les envié, pues, un intérprete de la nación Xedeherá, que había llevado conmigo desde Hittova, lo cual sirvió a disipar su espanto y disponerles a la paz”.

El día 27 de setiembre llegó Federmann a una aldea donde vivía un rico cacique, pero que había sido abandonada momentos antes por los indios. Allí se establecieron los europeos, porque encontraron buena cantidad de maíz, yuca, patatas y ñame. Iniciaron los indios un ataque desde las alturas vecinas, lanzando gritos, sonando el botuto y disparando gran cantidad de flechas. Su número fué estimado en seiscientos y aunque el jefe expedicionario no contestó a sus ataques y más bien trató de ganar la confianza de los indios, enviándoles un emisario de su propia aldea, no pudo lograrlo. Desde las alturas descubrieron los españoles cerca de treinta aldeas de los Ayamanes, de las cuales tres habían sido incendiadas por sus mismos habitantes, lo que indicaba su voluntad a una resistencia desesperada.

Dice Federmann: “al segundo día, hacia las ocho, llegó un cacique, con sesenta indios más o menos, desarmados, como acostumbra cuando andan de paz y aunque él mismo no era tan pequeño como los enanos de que hablaré luego, traía consigo algunos individuos que no tenían más de cinco a seis palmos de alto”. Y más adelante prosigue el mismo conquistador: “Aunque esta nación de los Ayamanes se compone casi enteramente de enanos, encontré, sin embargo, muchos individuos, así hombres como mujeres, de talla ordinaria. Habiéndoles preguntado la causa de esta diferencia me respondieron que sus antepasados les habían explicado que antiguamente una cruel mortalidad o peste había destruido gran parte de su nación y que no hallándose en número suficiente para defender su territorio, se habían visto obligados a aliarse y contraer matrimonios mixtos con algunas tribus de sus enemigos, los Xideharas, que moran al norte de su país, y que era por esta causa que se veía entre ellos algunos de más elevada talla que los demás. Agregaban que a cuatro jornadas de allí y .por espacio de muchos días de marcha, no estaba habitado el país sino por enanos sin ninguna mezcla”.

“Al día siguiente volvimos a ponernos en camino y llegamos a una aldea donde fuimos bien recibidos por los habitantes, aunque eran enemigos de los Ayamanes. Los caciques o señores de esta aldea son enemigos de

(1) Federmann, y después de él todos los autores hasta nuestros días, han escrito Ayamán, pero nosotros hemos preferido la forma Ayomán, por ser la que corresponde a la pronunciación de los propios supervivientes de esta tribu.

(2) Primer viaje de Födermann a Venezuela.-Capítulo IV. Traducido y anotado por el Doctor P. M. Arcaya. Caracas, 1916.

los enanos de la montaña, donde, como arriba dije, comienzan a habitar estos últimos, sin ninguna mezcla de otra casta. No consienten ningún Xidehara entre ellos y tampoco quieren tener ninguna comunicación con los otros Ayamanes, aunque sean de la misma nación, porque éstos han hecho alianza con los Xideharas, sin haberse, sin embargo, mezclado con ellos; los odian y los desprecian, sobre todo después de los matrimonios mixtos de que he hablado”.

“... Al siguiente día en la tarde, mis enviados llegaron, conduciendo cerca de ciento cuarenta hombres y mujeres que habían sorprendido en un caserío a cinco leguas más o menos del paraje donde me habían dejado. Estos indios habían rehusado seguirles y ensayaron defenderse, pero se vieron obligados a rendirse, después de haber perecido gran número de ellos y quedado heridos algunas de nuestros soldados. Cuando éstos se pusieron en marcha con sus prisioneros para venir a unírseme, fueron atacados nuevamente por una multitud de indios, que hirieron a muchos cristianos, así como a varios de los prisioneros que estaban en poder de los nuestros, porque tiraban desde lo alto de las montañas y colinas, ventaja de que saben aprovecharse. Los prisioneros que se me trajeron eran todos de muy pequeña estatura, sin ninguna mezcla, como los indios me habían dicho; los mayores tenían cinco palmos de altura y muchos solo cuatro; eran, sin embargo, bien conformados y proporcionados”.

“Como no podíamos servirnos de ellos a causa de su pequeña talla, no quise retenerlos, aunque empezaban a faltarnos portadores”.

“Cuando hubieron partido, continué mi marcha hacia Carohana, donde encontré todo preparado para recibirme, porque el cacique de esta aldea era amigo del que acababa de ver y pertenecía a la misma alianza o confederación”.

“Marché aún cerca de cinco días en el territorio de los Ayamanes y en todas partes se me recibió bien, habiendo tenido cuidado de enviar, de una aldea a otra, indios amigos para advertir nuestra llegada, referir el modo como habíamos tratado a los demás y que no veníamos a dañarles”.

“... Llegamos el 12 de octubre a la última aldea de la nación de los Ayamanes o enanos; luego comienza el territorio de otra nación llamada Cayones, enemiga de los Ayamanes y cuya amistad debíamos obtener de grado o por fuerza”.³

En las notas de Federmann que anteceden, es notable la insistencia con que se asienta en todas ellas que era pigmea la estatura de los Ayomanes, y basta se fija ésta en cuatro o cinco palmos, que equivalen a 90 ó 115 centímetros de talla. Esta extraña conformación impresionó grandemente a los europeos y aunque creemos un tanto exagerado lo dicho a este respecto, no cabe duda que debieron ser numerosos los individuos enanos de aquella tribu. Arcaya juzga como mera fantasía, propia de aquella época, la aseveración de Federmann, de que había entonces parcialidades enteras de esta tribu, integradas por enanos y considera estos como casos excepcionales. En la actualidad suelen verse algunos individuos con talla de verdaderos enanos, procedentes de Parupano, Moroturo y San Miguel del antiguo territorio de los Ayomanes y también los hemos visto en Arenales y El Cerrito, cerca de Quíbor, que fueron antiguamente residencia de los indios Xaguas y Gayones.

Es un hecho indiscutible que en aquella región limítrofe de los Estados Lara y Falcón, son mucho más frecuentes que en otras partes de la República los tipos pigmeos entre los sobrevivientes de los antiguos aborígenes. No sería extraño que por un proceso de espontánea selección se hubieran producido, antiguamente, los enanos, en proporciones mucho mayores, no digamos hasta formar parcialidades enteras, como pretende Federmann, pero sí en número tan considerable, que a los ojos de los primeros europeos podían dejar de ser apreciados como simples excepciones.

La gran aridez de toda aquella región, su gran escasez de agua y, en consecuencia, la alimentación escasa y poco variada, pobre en elementos fosfatados, pudieron ser en el principio la causa determinante de individuos enanos, que luego la selección natural, o sea la inclinación a buscarse y unirse, por razones de compatibilidad física, multiplicara considerablemente. En comarcas pobres por naturaleza, donde la subsistencia se hace difícil, la lucha por la existencia se acrecienta y es natural que los individuos débiles o pequeños de talla se congreguen para disputar a los fuertes y robustos los escasos recursos que la naturaleza puede brindarles.

Kollman ha considerado las razas pigmeas como una forma particular de la evolución humana, suponiendo que ellas corresponden a las formas más antiguas derivadas del Homo primigenius, y que de ellas se formaron las actuales razas de gran talla. Según su teoría, a cada raza grande debió preceder una raza

(3) Del Capítulo V de la Narración del primer viaje de Federman a Venezuela.

pigmea, representando la primera la rama de progresiva evolución y los sobrevivientes de la última, residuos estacionarios o acaso regresivos de la forma primitiva⁴. Schwalbe ha demostrado que esta teoría de Kollmann carece de fundamentos, mientras no se hayan encontrado restos fósiles de pigmeos diluviales, como los hay del hombre de talla grande y que aun en el caso de hallarse los primeros, sólo se probaría la coexistencia de las dos formas en aquel período geológico, como también existen hoy razas pigmeas africanas en medio de pueblos de grandes proporciones corporales⁵.

No es tampoco aplicable a nuestro caso la teoría de Kollmann, toda vez que aún no se ha comprobado la existencia en nuestro continente de restos del *Homo primigenius*, ni contiene su fauna los monos antropoides que representan su forma inmediatamente anterior en la cadena zoológica. Es, sin embargo, curiosa la circunstancia de que al lado de los pigmeos ayomanes vivieran los gigantes caquetíos; sólo podría explicarse esta gran diferenciación por el aislamiento de los primeros en un medio desfavorable a su evolución y la abundancia en que debieron vivir los segundos, como ictiófagos habitantes de las costas del mar.

Es notable la frecuencia con que todavía hoy ocurren las tallas pigmeas entre los descendientes puros de los indios Ayomanes y Gayones del Estado Lara. La enana María Nelo de San Miguel, descendiente de la tribu Ayomán, cuya fotografía reproduce Oramas

en su interesante libro, tenía para aquella época (1916) 90 años de edad y medía 111 centímetros de talla con un peso de 18,2 kilogramos. Descendientes de los Gayones y provenientes de Arenales, entre Barquisimeto y Carora, eran los enanos hermanos Alejandro y Lola, quienes visitaron a Caracas en 1907 y medían 115 centímetros el varón, de 25 años de edad, y 112 centímetros la hembra, de 21.

En los últimos días del mes de agosto de 1910 emprendimos desde Barquisimeto la exploración del territorio que en el tiempo de la Conquista poblaban los indios Gayones y Ayomanes.

Tomamos el camino que parte al Norte de la capital larense por Bobare, Matatere, San Miguel y Parupano, más o menos la misma vía que debió seguir Federmann en 1530, viniendo de Coro, y en cuya ocasión descubrió los indios que son objeto del presente estudio.

La región visitada por nosotros es un país montañoso de escasa elevación y suaves declives que culmina al Noreste de Bobare, en redondeadas cumbres de poco más de 1.200 metros de elevación absoluta⁶. De estas cumbres descienden amplias estribaciones en dirección al Noreste hasta la costa de Tucacas y Chichiriviche, dividiendo las hoyas hidrográficas de los ríos Tocuyo y Aroa. Todo este sistema montañoso está separado de la Sierra de Aroa por una depresión que ocupa la población de Duaca, elevada 725 metros sobre el nivel del mar y en la dirección opuesta, o sea hacia el Suroeste, se divide en tres estribos principales y multitud de estribaciones secundarias, que encierran otros tantos vallecitos, secos la mayor parte del año.

El camino que conduce a Aguada Grande y Parupano tramonta los tres principales estribos y cruza sus valles intermedios. Partiendo, pues, de Barquisimeto, que se halla a 564 metros de altura, se asciende al primero de los estribos por la llamada Cuesta de los Algodones hasta 864 metros de elevación. Desciéndese luego a Bobare, emplazado en una árida llanura a 654 metros, súbese después al Alto del Caimito, de 992 metros, que es el mayor de todos y bájase en seguida al caserío de Matatere (473 metros), en un valle árido y estrecho. De allí se sigue por el lecho de la Quebrada Cogollar y se trepa a la cumbre de igual nombre que mide 755 metros, para continuar luego por estribaciones secundarias hasta bajar a Aguada Grande, cuya elevación sobre el nivel del mar es de 466 metros. El vallecito que ocupa este último poblado es bastante más importante que los otros, porque lo riega y fertiliza un pequeño arroyo que corre en dirección al Noreste y se hace tributario del río Tocuyo.

En una de las estribaciones de la sierra, entre Cogollar y Aguada Grande, fue fundado en 1680 el pequeño pueblo de San Miguel de los Ayamanes, a 610 metros sobre el nivel del mar, en un ambiente seco y cálido, cuya temperatura media anual encontramos ser de 25,3 centígrados.

(4) W. Schmidt.-Die Stellung der PymSenvolker in der Entwicklungs-geschichte des Menschen. Pág. 2. Stuttgart, 1910.

(5) Schwalbe. - Zur Frage der Abstammung des Menschen. - Globus LXXXVIII, 1905.

(6) Las mayores alturas de estas montañas son los llamados Páramo de las Rosas, con 1.300 metros y el Páramo de Garrapatero, con 1.227 metros de elevación sobre el nivel del mar. Aunque los campesinos de aquella región designan estas cumbres con el nombre de Páramos, no son tales en la acepción que esta voz tiene en la Geografía botánica. Los Páramos andinos de Venezuela corresponden a la región subalpina de nuestra flora, comienzan generalmente a los 2.700 metros sobre el nivel del mar y se extienden hasta la región de las nieves, En las alturas de la Silla de Caracas y el Pico de Naiguatá existen pequeños páramos a partir de la zona hipsométrica de 2.200 metros. A consecuencia de la gran diferencia de altitud, es muy diferente también la vegetación característica de los genuinos páramos, de la que ostentan las nombradas cumbres larenses.

El territorio que acabamos de describir estaba habitado en el tiempo de la Conquista por indios Ayomanes en la parte septentrional, o sea entre Matatere y el río Tocuyo y por los Gayones o Cayones en la sección meridional, que tiene por centro Bobare.

Nos ocuparemos primero de los Ayomanes y expondremos nuestras observaciones personales sobre los restos de esta tribu.

El pueblecito de San Miguel está al desaparecer. Hallamos su iglesia en ruina y 8 ó 10 casas desvencijadas habitadas por una que otra familia descendiente de los Ayomanes, pero que han olvidado la lengua primitiva. Esta decadencia data, según nos informaron, de 1870. Hasta entonces estuvieron congregados allí los indios y mantenían sus hábitos y lengua, pero después se dispersaron por los campos vecinos y aunque cayó en desuso el habla de sus antepasados, no así algunas costumbres, especialmente fiestas de carácter religioso. En los días de nuestra visita sólo poseían la lengua ayomán, Pascual Ramos, indio casi centenario perfectamente conservado, que ejercía de cacique, y dos indias viejas, una en San Miguel y la otra en un lugar llamado El Bonito. Algunos de los apellidos de San Miguel recuerdan todavía su origen indio, así, p. e. Maramaní, Caguigue, Torones, Timaure, Sora, Patacón, Arimú, etc. Algunos conservan al lado del nombre cristiano, el indígena que les es impuesto por el cacique y que es tomado del reino animal, como Picure, Venado, Tuqueque, etc.

El pueblo indígena de Carohana que halló Federmann al Sur del río Tocuyo, poblado únicamente por Ayomanes, debió estar próximo al sitio en que más tarde se fundó el pueblo de "San Miguel Archangel de los Ayomanes". El obispo Martí visitó este último el 4 de marzo de 1776 y en el libro de sus visitas, que se conserva original y manuscrito en la Biblioteca Nacional de Caracas, consta que en el pueblo vivían para aquella fecha 145 indios y 110 fuera de poblado. Dice el mismo documento: "este pueblo es Doctrina de Indios Tributarios y ellos únicamente lo habitan, sin mezcla alguna de Españoles, ni de otras castas, así dentro de la población, como fuera de ella".

El gentilicio Ayomán, con que se distingue la tribu, tiene su origen, como en otros muchos pueblos primitivos, en la voz con que se designa al hombre en su calidad de marido y jefe de familia. En efecto, Ayomán significa en la lengua de esta tribu, hombre, marido, por extensión se aplica al conjunto de los hombres y es por esta razón que escribimos Ayomanes y no Ayamanes⁷. Entre las pocas costumbres que han conservado de sus antepasados, es la más importante la fiesta llamada Tura, la cual se celebra en julio o agosto, en la época en que el maíz está jojoto, es decir, en que los granos ya desarrollados están aún abundantemente encerado. En la fiesta llevan esta especie de cable o cuerda arrollado sobre el antebrazo derecho y pintada la cara con líneas arqueadas sobre las cejas y debajo de los ojos, de una pintura roja que llaman barikí, preparada con óxido de hierro o almagre. El adorno de los ayudantes femeninos constitúyelo una corona de bejuco de caraotas (*Phaseolus sp.*) batatas (*Ipomoea batatas*) y otros productos agrícolas. Cuando los hombres son reemplazados en sus cargos, deben entregar el rollete distintivo al nuevo funcionario. Si muere éste, la viuda enciende por un extremo el rollete y lo lleva al que lo había entregado a su marido y el antecesor debe conservarlo en su casa hasta que se haya consumido, procediéndose en seguida a la fabricación de uno nuevo.

Veamos ahora cómo se ejecuta el baile de la tura. Los hombres solos a veces alternando con mujeres forman un círculo, apoyando las manos sobre los hombros de sus vecinos. El centro de este círculo lo ocupan los dos tañedores de turas y el indio que hace de ciervo o venado, quien soplando por el agujero occipital dentro de un cráneo con carameras que sostiene con ambas manos delante de sí, e imitando los mugidos del ciervo (*Cervus rufus*) salta sobre los bailarines amenazándoles con la cornamenta y tratando aparentemente de forzar el paso. Entre tanto los bailarines cantan y cierran sus filas para impedir la huida del furioso animal, balanceándose al compás de las notas arrancadas a las turas.

Naturalmente los recesos entre uno y otro baile son aprovechados por parejas, músicos y ciervos para refrescarse con frecuentes libaciones de chicha y aguardiente. Estas fiestas suelen durar dos, tres o más días; depende siempre su duración de la cantidad de chicha, pues mientras haya que beber no para la juerga.

Como se observará, el baile de la tura tiene por base un acto del culto religioso: por medio de ofrendas se procura predisponer favorablemente a los espíritus encargados de la fructificación de las plantas y presumimos que antiguamente los sacrificios y flagelaciones fuesen partes de las ceremonias, tal como la ejecutaban los Timotes de la Cordillera y todavía la practican muchas tribus del Orinoco y Río Negro. Por esta

(7) Según Lucien Adam, en la introducción a la Gramática Caribe del Padre Breton (pág. XI), los Caribes insulares tenían en el lenguaje de los hombres la voz aioumaan por "tu padre".

razón creemos que el rollete que se usa en el baile de la tura debió ser en su origen el látigo con que se flagelaban mutuamente los danzantes masculinos.

Como su territorio en general es pobre de agua, las escasas fuentes o pozos que existen tienen para ellos la mayor importancia y son objeto de mitos y leyendas que sin duda fueron ideadas para mayor respeto y consiguiente conservación de aquellas. Así, por ejemplo, creen que cada fuente o manantial tiene en su interior un dueño o espíritu que la hace brotar. En la vecindad de San Miguel existen las siguientes: Nonavana, Senecoy (agua viva), Curachire, (nombre de un ave) Marasí (agua de nosotros) y Tucutúcu.

Cuando un indio se enferma, dice: "estoy tirado del agua de Nonavána o Marasí". También se le oye decir, "me ha tirado o dañado el dueño de Nonavana, pero el dueño de Tucutucu me curará". De modo que les atribuyen a estos espíritus una influencia grande en la vida de los hombres. Cuando muere un Ayomán, su cadáver es amarrado sobre una parihuela o troje de madera y sepultado en el suelo, colocando dentro de la sepultura una tapara de agua y aquellas comidas que eran preferidas por el difunto.

El día de todos los Santos (1° de noviembre) acostumbran, los que han perdido algún pariente, poner sobre una mesa fuentes con batatas, yuca, miel y otros manjares. Durante la noche colocan sendas luces que se mantienen encendidas hasta rayar el día y creen que los espíritus de sus muerticos vienen a comer a su hogar. El día siguiente se invita a los amigos para que vengan "a comer la comida de la llora de sus hijos". Igual cosa se hace para los adultos fallecidos el día de todos los muertos (2 de noviembre), pero naturalmente son más abundantes y variadas las viandas y no debe faltar el cocuy, como que siempre había sido del agrado de los difuntos. Como señal de luto se quita la cuerda al arco y se adornan de negro éste y las flechas, las que deben permanecer durante tres meses con los dardos en tierra. Una de las ceremonias más curiosas era la conjuración de la sequía. Cuando ésta se hacía sentir mucho, ocurrían los indios ayomanes a Moroturo, donde el indio Juan Pastran, que hacía de piache o curandero. El les ofrecía venir a poner remedio al mal y fijaba el día para el cual determinada casa de San Miguel o de la vecindad debía ser desocupada y preparada para su recibimiento. La casa elegida era siempre la de algún compadre o amigo que le merecía confianza y quién desde luego debía secundar las maniobras del piache. Después de colocar sobre una mesa algunos envases con cocuy y carato, tres monedas de plata y tres tabacos, con todo lo cual se remuneraba al curandero, la casa era cerrada y todos los perros del vecindario eran amarrados y bozaleados. Así preparado todo, y estando en el mayor recogimiento los vecinos, hacía su aparición el piache en la noche, penetrando por el techo de la casa sin ser visto y se creía, y naturalmente que, así lo hacía entender él, que había venido volando desde Moroturo.

Refirióme un testigo presencial que en el silencio de la noche se le sentía bajar de la montaña volando y caer sobre el techo y, sin que éste fuese dañado, en el interior de la casa. Los vecinos se apresuraban a rodear la casa para oír la ceremonia de conjuración y el vaticinio de su piache. Este comenzaba diciendo desde el interior: "hijos míos, aquí estoy", "cómo están de verano?" "Mal", le costestaban los de afuera, "nuestras cosechas están a punto de perderse por falta de lluvia, y es por eso que hemos pedido vuestra intervención". "Bueno pues, haré bajar los mundos", contestaba, lo que equivalía a "haré que llueva". Tomaba en seguida el carato y el cocuy que le tenían servido y hacía entrar al compadre o amigo, generalmente dueño de la casa, cerrando ésta de nuevo. En la conjuración de la sequía aparentaba estar hablando con los espíritus del agua a manera de ventrílocuo imitaba las voces de éstos, unas en tonos altos, otros en graves y cavernosos. El amigo era invitado a sentarse sobre un pedazo de madera, pero apenas lo había hecho, convertíase el leño en enorme serpiente que se arrollaba en proporción que iba en aumento de tamaño. El compadre aparentaba gran miedo, daba de gritos y explicaba a los de fuera la conversión milagrosa y cómo la serpiente que le servía de asiento crecía hasta permitirle tocar el techo; pero el piache lo tranquilizaba más o menos con estas palabras: "no tengas miedo; no te hará nada; yo te enseñaré". Nuestra informante era hija de una india ayomán y esposa de uno de los principales indios de San Miguel y nos refiere que en su juventud, por los años de 1870 y 1880, presenció muchas veces estas ceremonias y que el idioma empleado en los diálogos era el español, pero que antes de 1870 se practicaba en la misma forma, con los mismos diálogos, en ayomán, según le había referido su madre.

Los cigarrones (*Bombus* sp.) eran considerados como agentes de los espíritus malos, causantes de toda enfermedad y al verlos se les ahuyentaba por medio de conjuraciones. Llamado el piache a la cabecera de un enfermo, manifestaba que el germen morbosos había sido introducido en el organismo por un cigarrón, y para expelerlo soplabá sobre el paciente grandes bocanadas de humo de tabaco, que sorbía de un descomunal cachimbo. Si consideraba dudoso el éxito de su arte curativo, solía decir: "hay por allí otro curandero que me echa cigarrones malignos para impedir la curación". En este caso lanzaba sus bocanadas de humo en todas direcciones, por la habitación. Como se ve, el procedimiento era idéntico al que todavía practican los indios de Guayana, de la Amazonia y casi toda la América Meridional.

Otro de los usos de los Ayomanes, muy generalizado entre todas las antiguas tribus del Occidente y que aún conservan los Kággaba de Santa Marta en Colombia y algunos ancianos guajiros de la región fronteriza con Venezuela, era la del Poporo, pequeña calabaza o taparita que llenaban con desmenuzadas hojas de hayo (*Erothroxylon* sp.) mezclada con cierta tierra caliza. De esta composición introducían en la boca, por medio de un palillo o diminuta paleta, una pequeña porción que consumían lentamente, conservándola en un carrillo, a manera de mascada de tabaco.

Entre sus rudimentarias industrias era la principal la de hilar y tejer el algodón que teñían de rojo en una infusión de hojas de brasil (*Haematoxylon* sp.)

Sus sombreros eran fabricados con la piel del picure (*Dasyprocta aguti*), para lo cual cavaban en el suelo arcilloso un hoyo con la forma y dimensiones de la cabeza y sobre éste extendían y clavaban el cuero fresco, conformando la copa por medio de una piedra que ajustaban a la cavidad prensando la piel. Estos sombreros se usaban generalmente cuando iban a cazar, pues creían que el olor peculiar de la piel de picure tenía la virtud de atraer la cacería.

Sus lechos eran grandes redes tejidas de sibucara (*Bombax* sp.), fijas sobre los extremos de cuatro estacas enclavadas en el suelo. Cada lecho de esta clase podía contener tres o cuatro personas.

Al lado de las armas modernas, se observa todavía el uso del arco y la flecha, en cuyo manejo son muy hábiles. Por razones económicas han conservado estas armas primitivas con las cuales dan caza a los animales grandes, como el venado, el león, el tigre, la danta, el cochino de monte o zahino.

Los arcos que tuvimos ocasión de examinar miden 1,50 metros de largo, tienen una sección de 22x18 milímetros en el centro y son fabricados de una madera rojiza, muy dura, llamada palo de arco. El árbol que suministra esta madera resultó ser nuevo para la ciencia, según las muestras que recogimos en aquella región y que el profesor Pittier describió con el nombre de *Apoplanesia cryptopetala*. Cuando se va a hacer uso del arco, se saca el extremo inferior de la cuerda y se tuerce ésta hasta acortar su longitud en unos tres o cinco centímetros, de suerte que quede templada, al fijarla nuevamente. Las flechas son cortas, como las de los Guajiros; miden un metro de longitud y se componen de la verada o caña y una pieza llamada duara, de madera dura, generalmente de la clase llamada "marfil" (*Homalium Pittieri*, Blake), que se fija en el extremo de la verada y sirve de soporte a la punta o dardo metálico. Tanto en la parte en que el dardo está fijo sobre la duara, como en el engaste de esta última en la verada, hay una fuerte ligazón o entorchado de hilos encerados, y lo mismo se observa en el extremo inferior de la verada, para dar mayor apoyo a los dedos. Para la caza de los grandes mamíferos usan las flechas de paletillas o zaeta, fabricada de un pedazo de cuchillo de 14 a 18 centímetros de largo. Para los pequeños animales como lapa, picure, conejo, etc, se usa la flecha de arpón, muy semejante a la que los indios habitantes de las orillas de los grandes ríos emplean en la pesca. El dardo y la duara de esta flecha se desprenden de la verada después de herida la presa, pero como ambas partes quedan unidas por una cuerda que va arrollada sobre la última, ésta se enreda en los matorrales e impide la huida del animal herido. El arco se coloca casi verticalmente, sujeto con la mano izquierda; el dedo índice de esta mano abraza ligeramente la verada de la flecha. Índice y pulgar de la derecha sujetan fuertemente el cabo de la caña, en tanto que con el anular y medio se hace la tensión de la cuerda.

Habíamos llamado la atención la idea de los piaches ayomanes de atribuirse la facultad de volar; reflexionábamos sobre ello sin hallar explicación a esta forma original, no conocida en otras tribus, hasta el día en que hicimos abrir la iglesia de San Miguel para inspeccionar su interior. La imagen alada del Arcángel San Miguel, venciendo al dragón, colocada sobre el altar, como patrón del pueblo, vino a darnos la explicación deseada. Allí se habían inspirado los curanderos de antaño; allí habíanles nacido las alas y la idea de asociar a sus misteriosas ceremonias la serpiente que dominan a voluntad, no obstante sus fabulosas dimensiones.

Según informes que obtuvimos de Manuel Sira, de San Miguel, existe una Real Cédula, expedida en Agosto de 1720, la cual concedía a los indios Ayomanes la propiedad de las tierras, bajo los siguientes linderos: al Norte hasta Mapiare, al Sur hasta Matatere, al Este hasta el Cerro del Pisal y al Oeste hasta Siquisique.

En Aguada Grande tuvimos ocasión de hojear el "Libro de Gobierno de la Capilla rural del sitio de Crespo en Parupáno, del territorio parroquial del curato de San Miguel de Ayamanes del Vicariato de Carora". Esta capilla, erigida en 1811 y dedicada a San Isidro Labrador, fué la primera que existió en Aguada Grande. En el libro de Gobierno de San Miguel consta la licencia para la erección de este santuario, accediendo a una solicitud hecha en 29 de marzo de 1810 por el bachiller don Andrés Torrellas. La licencia fué concedida por el Doctor Santiago de Zuloaga, Dignidad Tesorero de la S. I. Metropolitana, en representación del Arzobispo Narciso Coll y Prat.

También existe en el mismo libro una circular, que reproducimos a continuación, que revela el celo con que se cuidaba de que los indios no se mezclasen con la raza africana. Lleva la fecha 12 de Diciembre de 1785 y dice así: "...mandamos que así se guarde y que para su efecto cada respectivo cura instruya a éstos para que no contraigan matrimonios con personas de notoria inferior clase, como son negros, mulatos y demás semejantes razas; así por que incurrirían en las penas de dicha pragmática, como por que con tales enlaces se perjudican los mismos indios, sus familias y pueblos, quedando su descendencia incapaz de obtener los oficios honrados que sólo pueden servirse por los que son indios puros. Y líbrese despacho dirigido a los Vicarios foráneos de esta Diócesis para que con inserción de nuestra real provisión y de este auto quede instruido e impuesto cada respectivo cura doctrinero de esta obligación y se guarde por nuestro Vicario en el archivo de su cargo este expediente y su original en nuestra Secretaria. -Firmado,-Mariano, Obispo de Caracas".

En una segunda expedición emprendida por Dalfinger desde Coro, en Setiembre de 1529, se dirigió al Oeste hasta las orillas del Lago de Maracaibo y continuando por éstas hacia el Sur llegó a la región de Axuduara, habitada por los indios Pemenos. Era su intención continuar bordeando el Lago, en la creencia de que por esta vía llegaría al "otro mar" (el Océano Panífico), pero la imposibilidad de cruzar los muchos ríos que bajan de la Cordillera y mantienen en parte anegada la tierra llana, le hizo desistir de este proyecto y tomar de Axuduara la dirección opuesta, es decir, hacia el Este, hasta penetrar en una "serranía áspera y elevada, de treinta leguas de extensión, en la que casi no podían continuar montados los jinetes". Esta serranía es sin duda la que en el siglo XVI se llamó de los Jirajaras y hoy se conoce con el nombre de Ciruma o Empalados⁹. En ella tropezó Dalfinger la nación Jirajara, que según él eran vecinos de los Caquetíos y, sea por lo áspero del terreno, sea por evitar encuentros con aquella tribu belicosa, apenas rozó su territorio y torció su rumbo hacia el Sur, penetrando en una cordillera elevada y rocosa, cuyas cumbres se veían a veces cubiertas de nieve, y finalmente hizo alto la expedición y en un valle cálido e insalubre, de cerros desprovistos de vegetación, pero apropiado al cultivo aunque escasamente poblado de indios. En este valle se resolvió el tan ansiado regreso de la expedición y por ello se le dio el nombre de "Valle de San ambrosio". Los indios que habitaban esta cordillera ófraciéronles gran resistencia; pertenecían a la nación de los Coromuchos, andaban completamente desnudos, lanzaban grandes piedras y blandían pesadas macanas de madera y de piedra¹⁰.

La cordillera en que terminó esta segunda expedición no puede ser otra que la de Trujillo, cuyas más elevadas cumbres, la Teta de Niquitao (4006 metros) y el Páramo del Turmero (4,550 metros), suelen ostentar nieve en la época lluviosa y son visibles desde Motatán, Valera, Pampanito, Pampán y los Llanos de Monay. El valle de San Ambrosio debemos buscarlo en la región de Pampán y Llanos de Monay, cuyas condiciones topográficas y climáticas corresponden a las descritas por Dalfinger.

Juan Pérez de Tolosa en su "Relación de las tierras y provincias de la Gobernación de Venezuela", presentada al Rey Carlos V en 1546, confunde, por la semejanza de los nombres, el Valle de San Ambrosio, situado en el Estado Trujillo, con el Valle de Miser Ambrosio, como se denominó posteriormente el sitio en que fue muerto Dalfinger, después de un encuentro muy reñido con los indios Chitareros, en 1533. Este sitio corresponde al que ocupa la hoy floreciente población de Chinacota, en la vecina República de Colombia. El error cometido por Tolosa fué más tarde transcrito por Herrera, quien sitúa la tumba de Dalfinger en territorio de Coro¹¹.

Según se desprende del relato de esta expedición y de la de Federmann, anteriormente citada, los Jirajaras ocupaban un vasto territorio que hoy forma parte de los Estados Falcón y Lara. Por los relatos de Federmann sabemos que el grupo principal se hallaba establecido en las sierras que demoran al Sur de la ciudad de Coro, desde la desembocadura del río Tocuyo al Este, hasta cerca del pueblo de Pedregal al Oeste, lindando al Norte con tierras de los indios Caquetíos y por el Sur con los indios Ayomanes y Caparicotes, siguiendo más o menos el curso del río Tocuyo y parte del río Baragua. Por el Oeste eran sus vecinos los indios Xaguas, pobladores de las tierras de Carora y Baragua. Según el relato de Dalfinger, arriba citado, se encontraba otro grupo de los mismos Jirajaras en las montañas de Ciruma o Empalado, que separan las aguas de la hoya hidrográfica del Lago de Maracaibo, de las que, por diversos afluentes, se dirigen al río Tocuyo por vía del Morere, y siguiendo por estas montañas hacia el Sur descendían a los Llanos de Monay, en territorio del actual Estado Trujillo, donde un río que es tributario del Motatán por vía del Monay, ha conservado hasta hoy el nombre de Río de los Jirajaras. Este grupo colindaba por el Oeste con los indios Quiriquires y Pemenos, habitantes de las tierras llanas que demoran al pie de la sierra de Ciruma y a orillas del Lago maracaibero, o sea la provincia de Axuduara tantas veces nombrada por los antiguos cronistas; y por

(9) No sólo la Sierra de San Luis, sino también la que "queda de Maracaibo mirando para el sol", es decir, al Este, se llamaba en el siglo XVI Sierra de los Jirajaras, según lo asienta en su descripción del Lago de Maracaibo, en 1579, el Capitán Gonzalo Pina Lidueña (Oviedo y Baños, I, pág. 296).

(10) Oviedo y Baños.-Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela.-Madrid, 1885, II, págs. 225 a 236.

(11) También Oviedo y Baños refiere que la muerte de Dalfinger acaeció en el valle de Chinacota, I, pág. 59-60.

el Este eran sus vecinos los ya citados Xaguas, de las tierras de Carora. Como se ve, estos Xaguas estaban rodeados por Caquetíos al Norte, por Jirajaras al Este y Oeste y por Ayomanes y Gayones al Este y Sur.

Los gentilicios ciparicote o ciparigoto o itoto son voces de extracción caribe y como quiera que Federmann expresamente dice que la lengua de los primeros no era comprendida por los Caquetíos, tenemos, desde luego, una prueba de que estos últimos no pertenecían a aquel importante grupo. Es posible también que la denominación Itoto, que se daba a una parcialidad, no fuese la que ellos mismos se daban, sino la que sus vecinos empleaban para señalarlos como enemigos. Nos sugiere esta idea el caso análogo citado por Crevaux y Koch-Grünberg respecto a algunas tribus del Alto Yapurá (Caquetá) e Ica (Putumayo), cuyo idioma no corresponde a ninguno de los conocidos grupos lingüísticos y que son llamados por sus vecinos del grupo caribe Itotos o Uitotos, vocablo que equivale a "enemigo"¹².

De los Jirajaras asegura el padre Juan Rivero, en su Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta (página 114): "son los indios Giraras una jerarquía de gentes muy de otro genio que las naciones Achaguas. Vivos, alegres y trabajadores y de valor extraño, si bien les sobrepujan en esto los Chivatos, como se dirá. Son tan inclinados a la guerra, o por mejor decir a la crueldad, que tienen por felicidad grande matar a otros, no solo a sus enemigos, sino a los de su misma nación... Su traje es el gentilismo, es el mismo casi que el que dijimos de los Achaguas, desnudos andan casi todos, así hombres como mujeres, aunque para la decencia usan éstas de las hojas de los árboles. Las casas en que viven son muy largas y angostas".

En la página 339 del mismo libro leemos que los Giraras de Casanare pertenecían a la familia Betoye y su identidad con los Jirajaras de Coro y de la parte Norte de nuestros llanos, la prueba el mismo autor, refiriendo cómo un indio Girara, llamado Antonio Calaima, natural del pueblo de Tame, en el Alto Casanare, al pie de la Cordillera de Chita, después de largas correrías por Pamplona y Tunja, en el año de 1701, había llegado a Pedraza, al pie de la Cordillera de Mérida y sorprendióse al oír que los indios de las montañas vecinas a este pueblo hablaban su misma lengua. Dice el fraile, "se llegó a ellos y a pocos lances trabó una larga y franca conversación, en virtud de la cual le dieron noticias de cómo eran Betoyes, cuyos pueblos están situados en el corazón y centro de aquellas lejanas montañas".

Como se ve, los Jirajaras ocupaban, además de los territorios ya mencionados de la Sierra de Coro y de la de Empalados o Ciruma, las vertientes meridionales de las montañas que demoran al Sur de Barquisimeto, Trujillo, Mérida y La Grita y probablemente continuaban por el pie de la Cordillera andina hasta los Llanos de Casanare.

En 1910, a nuestro paso por Sanare, población sita en las montañas al Sur de Quibor y El Tocuyo, fuimos informados que en los caseríos de Yacambú, Sabana de Guache, Cerro Blanco, El Degredo y Las Bocas, vivían todavía los restos de una tribu indígena, que era tenida por Jirajara. Aseguráronnos que algunos viejos de aquellos sitios conocían aún el primitivo idioma, usaban todavía el arco y la flecha y conservaban el fuego envuelto en conchas y canutos.

Desgraciadamente no nos fué posible extender nuestra exploración por aquel lado y todos los esfuerzos que hicimos, eficazmente secundados por las autoridades, para hacer venir algunos de estos indios a Sanare, resultaron infructuosos. Seguramente son estos los mismos indios que solicitaba en 1718 el padre Fray Marcelino de San Vicente, sin lograr tropezar con ellos, según se lee en las "Noticias de las misiones de Capuchinos en la Provincia de Caracas", contenidas en los "Documentos para la vida pública del Libertador", por Blanco y Aspuruá, Tomo I, página 404. Estos Jirajaras, pobladores de la vertiente meridional de la Cordillera, debieron internarse desde el llano hacia las fuentes de los ríos tributarios del Portuguesa, Cojedes y Apure, pues su nombre se conserva en nuestros días en el Páramo de los Jirajaras, de 2.825 metros de elevación, que demora al Sur de Boconó y es una de las cumbres del ramal conocido con el nombre de Páramo del Rosario, donde tiene sus fuentes el río de Boconó.

Además del amplio territorio que, como hemos visto, cubrían los Jirajaras en el Occidente de Venezuela, existía otro grupo importante en las montañas de Nirgua, el cual probablemente estaba en contacto con el grupo principal, cruzando el río Cojedes por las montañas de Buría y Sarare.

Uno de los asentamientos principales de los Jirajaras del Estado Lara parece haber sido Siquisique, población fundada con estos indios en 1685 o poco antes, a orillas del río Tocuyo, que la separaba del territorio de los Ayomanes. El Doctor Arcaya en su Historia del Estado Falcón afirma que "Siquisique estaba poblado por los Jirajaras que eran, sin duda, descendientes del núcleo que combatió al Capitán Martínez."

(12) Th. Koch-Grünberg.-Les Indiens Ouitotos. Etude linguistique. Journal de la Société des Américanistes de Paris. 1906. Tome III. No. 2.

El libro de visitas del Obispo Martí nos informa que Siquisique fué erigido en Doctrina el año de 1689, pero que en uno de los libros parroquiales de entierros están asentadas partidas del año 1685, por lo que se infiere que ya antes existían el pueblo y la iglesia, aunque no se sabe si como Misión viva o como Doctrina. El Censo levantado en 1776, en ocasión de la visita del Obispo Martí, arroja las siguientes cifras:

Indios en el pueblo.....	800
Indios fuera del pueblo.....	500
Vecinos españoles en el pueblo.....	80
Vecinos españoles fuera del pueblo.....	<u>685</u>

Total2.065

Como se ve, el elemento indígena prevalecía en la población y como el Gobierno eclesiástico tenía especial cuidado en evitar el matrimonio de los indios con españoles o negros, pudieron así conservarse puros los Jirajaras.

Los antiguos cronistas mencionan a los Jirajaras como pobladores de las montañas que se extienden entre Coro y el valle de Barquisimeto.

Herrera, en su Historia (tomo II pág. 365) dice “desde la ciudad de Coro hasta el valle de Barquisimeto, que puede haber 70 leguas, por la sierra de Xiraharas, comarcas a Coro, y son todas sabanas con algunos montes en que están indios Axaguas, que comen carne humana, con los cuales no se puede hacer paz.” Fray Pedro Simon, quien viajó por estas regiones, se expresa así: “Provincia de Jiraharas es tan dilatada por muchas tierras como ellos caribes, y causan hoy muchos daños en los pueblos de Españoles, de que puede ser testigo el de barquisimeto”.

La designación de caribes que le da este cronista a los Jirajaras no implica su clasificación en el sentido etnológico, pues era costumbre llamar así a todos aquellos indios que se negaban a entrar en trato y reconocer el Gobierno de los europeos. Era lícito hacer esclavos entre los indios designados como caribes y por ello los españoles apresaban y vendían los de la tribu Jirajara, sin que el padre Simon hiciera objeción ni censura a este trato inhumano. Con respecto a ellos, dice él mismo: “hoy se están sin conquistar los pocos que han quedado y con la bravosidad que al principio para con los españoles, de que puedo ser testigo, por haber sido necesario en cierta ocasión que atravesé su Provincia por el picacho de Nirva (Nirgua), pasar vestido en un sayo de armas con escolta de Españoles arcabuceros y demás 20 Indios flecheros amigos.”

Oviedo y Baños también los menciona en estos términos: “Jiraharas son nación tan valiente como altiva que tenía su habitación en la provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las minas.”¹³

Alcedo (tomo II. pág. 199) trae esta corta noticia: “Jiraharas los descubrió Diego Martínez el año de 1536; hoy son muy pocos.”

En 1886 se publicó en el Apéndice al Resumen de las actas de la Academia Venezolana de la Lengua un corto “Vocabulario de los indios de Siquisique en el Estado Lara”. escrito por el General Juan Tomás Pérez. No dice el autor qué indios eran estos, pero no cabe duda que debieron ser los descendientes de los Jirajaras que vivieron allí, como hemos visto.

En 1906 el señor Buenaventura Jiménez, de Siquisique, envió al Doctor Arcaya un vocabulario que había formado con voces anotadas en aquel pueblo por el General Octaviano Párraga y otras que dice él haber tomado de boca de un indio de San Miguel. De esta suerte el vocabulario de que se sirvió el Doctor Arcaya, que es el mismo publicado en 1907 por el Doctor Freytes Pineda, de Barquisimeto, con el título “Vocabulario Ayamán”, está compuesto de voces del dialecto que se hablaba en Siquisique, o sea el JiraJara y voces del Ayomán de San Miguel.

Al comparar nosotros los vocabularios de Pérez y de Jiménez, hemos encontrado que el primero está íntegra y textualmente contenido en el segundo y esto nos ha sugerido, la idea que, en cuanto a las voces jirajaras de Siquisique, ambos trabajos han tenido una misma fuente: el vocabulario de Párraga.

(13) Oviedo y Baños.-Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela.-Madrid, 1885, tomo I, pág. 223.

El Doctor Arcaya comparó también los vocabularios de Pérez y Jiménez y naturalmente hubo de concluir que se trataba del mismo dialecto, que él tomó por Ayomán, sugestionado por la publicación de Freites Pineda y por ser de gesta procedencia parte de las voces de Jiménez.

Una comparación de las voces ayomanes recogidas por nosotros en San Miguel con las de Siquisique, publicadas por Don Juan Tomás Pérez, las que desde luego consideramos como jirajaras, revelan que efectivamente existe gran similitud entre ambas, no obstante las diferencias dialécticas en que abundan. Es incuestionable que estas diferencias debieron ser mucho más importantes antes de la Conquista y que la comunidad en que vivieron ambas tribus en algunos pueblos, como también la inmediata vecindad de sus centros principales, debieron estrechar notablemente los vínculos lingüísticos.

Muchas voces de las lenguas de otras tribus que les eran vecinas y con quienes probablemente tenían comercio y tal vez contraían matrimonios, hubieron de adoptarse a la larga y vinieron a modificar así la lengua primitiva. El mismo Federmann refiere, como expusimos al principio, que los Ayomanes y Jirajaras se habían aliado y contraído matrimonios mixtos en épocas anteriores, por hallarse tan diezmados los primeros, a causa de una epidemia, que se hallaban imposibilitados de defender su territorio¹⁴. Estas modificaciones dialécticas dificultan un tanto el estudio y la clasificación de las lenguas que, hasta hace pocos años, habían conservado los pocos supervivientes de estas tribus, como que de no tener en cuenta los citados factores exóticos, pueden desviar el criterio del filólogo.

El estudio publicado por Arcaya de unas treinta y seis voces de los vocabularios jirajara y ayomán de Pérez y Jiménez, comparadas con otras lenguas americanas, revela hasta qué punto los elementos exóticos han logrado penetrar en el lenguaje de estas tribus. Según sus conclusiones, la mitad de estas voces podría derivarse más o menos bien del túpi, una cuarta parte del caribe y el resto es de etimología desconocida¹⁵. La gran proporción de voces de derivación túpi podría dar lugar a que se considerasen estos dialectos como derivados de aquella gran familia, pero como por otra parte sabemos que el Jirajara era idéntico con el Betoy de Casanare, y como consta que los misioneros transportaron a principios del siglo diez y ocho al Estado Lara grupos de indios de diversas tribus del Orinoco, a las cuales doctrinaban en la lengua franca o lingua geral, que tiene por base la lengua tupi-guarani, la presencia de raíces de este origen en los dialectos ayomán y jirajara, debemos explicarla por influencias de las tribus importadas del Sur y radicadas en su vecindad. De igual modo debieron penetrar en su acervo lingüístico las voces caribes, tomándolas de sus vecinos, los Ciparicotes.

La marcada afinidad que se nota en los dialectos jirajara, ayomán, gayón (i cuiba?), al menos en los vocabularios que nos han suministrado sus supervivientes, hace presumir que fuesen todos derivados de una misma lengua matriz, presunción que parece corroborada por las noticias de los antiguos cronistas que, como hemos dicho, refieren que en algunos pueblos del hoy Estado Lara vivían en comunidad jirajaras y ayomanes y en otros gayones y cuibas.

Los Gayones, Coyones o Cuyones son citados por los cronistas, tanto en el actual Estado Lara, como en los de Portuguesa y Zamora. Herrera, en su Historia, tomo IV, pág. 248, trae la siguiente relación: "esde Bariquisimeto hasta el asiento de Tocuyo hay cinco leguas y los indios son de nación Cuybays y Coyones y de otras diversas lenguas; es gente belicosa y la mayor parte come carne humana y esto quanto a la Gobernación de Venezuela".

(14) Primer viaje de Federmann a Venezuela. Traducción de P. M. Arcaya.-Caracas, 1916, pág. 38.

(15) P. M. Arcaya.-Lenguas Indígenas que se hablaron en el Estado Falcón. El Cojo Ilustrado, No. 355. Octubre 1906.



India Gayón d El Cerrito

Oviedo y Valdez, en la página 302 del tomo II de su Historia General y Natural de Indias, al relatar la expedición de Jorge Espira (Hohermuth) de Coro hacia el Interior del país, dice que dos jornadas, adelante de Barquisimeto habían hallado “n pueblo de una nación llamada Coybas, que de gente belicosa, donde les avian dado guerra y no los avian podido resistir”.

Y más adelante se lee en la misma relación: “la vía del Sur a donde iban encaminados con su deseo era todo ciénegas. Y por se apartar dellas, tomó la vía de la sierra que desde que salieron del valle de Cariquicemeto llevaban sobre la mano derecha, la qual corría al Sur ocho jornadas que caminó, y llegó a una nación llamada Coyones, gente belicosa y de guerra, con la qual tuvieron algunas refriegas de escaramuzas y les mataron un caballo; pero fueron desbaratados aquellos indios y castigados con las armas”.

Federmann, en su expedición a los Llanos en 1530, fué el primer europeo que visitó estas tribus y refiere que los Cuibas habitaban la región montañosa que demora al Sureste de Barquisimeto, por donde corre el río Turbio o Cojedes y los Coyones al Norte, entre el territorio de los Caquetíos al Sur, y el de los Ayamanes al Norte¹⁶.

El padre Simón, basado en sus propias observaciones, dice: “los Coyones son de diferente lengua que los de hasta allí, su provincia era bien poblada, la gente belicosa y guerrera, teniéndose por más valientes que los otros, como en realidad de verdad lo son, según lo entendí cuando pasé el año de 1613 por estas provincias”¹⁷.

De los Cuibas refiere Herrera (Historia, tomo IV, pág. 202). “el asiento de Tocuyo está cinco leguas más acá de Bariquizemeto, la comarca está poblada de indios..., es todo de sierras y la mayor parte de sabanas; los indios son de nación Cuiba con grande diversidad de lenguas, pelean con arcos y flechas, macanas y piedras, es gente belicosa y la mayor parte comen carne humana; andan desnudos y duermen en el suelo”.

Como se ve por las citas que anteceden, los Gayones ocupaban en el actual Estado Lara un vasto territorio, que confinaba al Norte con los Ayomanes por Matatere; al Oeste y Sur con el de los Xaguas y Jirajaras por el río Tocuyo y siguiendo la Cordillera de Sanare y Río Claro; y al Este con los Caquetíos del Yaracuy y con los

(16) Federmann, obra citada.

(17) Fray Pedro Simon.-Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra-Firme en las Indias Occidentales, pág. 170. Esta obra fué escrita en 1626 y reimpressa en Bogotá en 1882.

Itotos de la Sierra de Aroa, siguiendo más o menos la línea divisora de las aguas del Turbio y del Yaracuy, o sea pasando por la sabana llamada de Parra. También hemos visto que, según los cronistas, esta tribu y la de los Cuibas ocupaban las llanuras de Barquisimeto, Quíbor y el Tocuyo.

Además de estas narraciones de la Conquista, encontramos que los documentos relacionados con la fundación, de algunos pueblos del Estado Lara, vienen a confirmar la delimitación que acabamos de hacer. Así, por ejemplo, en la "Noticia del estado que han tenido y tienen estas Misiones de Capuchinos de la Provincia de Caracas desde el año de 1658", publicada por Blanco y Azpurúa en sus Documentos para la vida pública del Libertador, se asienta que los pueblos de Santa Rosa, Duaca y Yaritagua fueron fundados de 1670 a 1691 con indios Gayones y que así consta en una Real Cédula, expedida en Madrid el 6 de abril de 1691.

El pueblo de Bobare, al Norte de Barquisimeto, que podemos considerar como centro del territorio indígena, fue fundado por el padre Fray Salvador de Cádiz, misionero, bajo la advocación de nuestra Señora de Guadalupe de Bobare, el año de 1733 con 127 indios Gayones de ambos sexos, que pudo reunir. El año de 1734 fué construida la iglesia, que aún existe, por el padre Fray Diego de Urbique, con su trabajo personal., algunas limosnas y la muy eficaz ayuda de don Martín de Ganiza, vecino de la ciudad de Barquisimeto, quien, según las crónicas, regaló al templo un par de pantalones encarnados y unas enaguas del mismo color que se ponían los indios para casarse únicamente. Para el año de 1779 tenía Bobare 127 casas con 297 habitantes. También refieren las crónicas que los indios sacrificaron a un capuchino que los trataba mal y que se supone sea el fraile Miguel de Cádiz, muerto por los Gayones en los alrededores de la ciudad de Barquisimeto. Las familias o parcialidades gayones que a fines del siglo antepasado constituían la población de Bobare, se llamaban: Yajures en la parte Sur; Gedubai al Norte; Guaroes, Parras, Tonas y Mujocas al Este y Meres al Oeste, nombres que todavía se conservan en algunos apellidos de Bobare.

Mac Pherson agrega que las tribus Gayones y Cuibas que poblaron a Bobare, fueron las más tardías en civilizarse y que por los años 1833 y 1834 veníanse a la capital del Estado en partidas, cargando a la espalda sus chicuelos y provistos de turas, arcos y demás objetos de su primitivo uso¹⁸. La comunidad en que, según las citas que anteceden, vivían los Gayones y los Cuibas, como fundadores del pueblo de Bobare y como habitantes de la región de Quíbor y El Tocuyo, nos induce a pensar que fuese uno mismo su lenguaje o que tuviesen poca importancia sus diferencias dialécticas.

Es oportuno observar que muchos de los gentilicios de las naciones que, según los cronistas, hallaron los conquistadores y misioneros en el Norte de Venezuela, particularmente en los lugares que nos ocupan, aparecen hoy radicados 300 kilómetros más al Sur. Este desplazamiento pudo ser consecuencia de la presión ejercida por el arribo de las nuevas razas, que comenzaron a extenderse de la costa hacia el interior del país. Es de presumir que aquellas tribus indómitas, de hábitos nómades, inamoldables a la vida sedentaria que se les quería imponer en las misiones y atemorizados, además, por el tráfico y comercio que de sus personas hacían unos y otros, huyesen progresivamente al interior del país, a proporción que avanzaban los invasores blancos. Sin embargo, no debemos olvidar que en muchos casos la presencia de tribus que hoy solo se conocen de las márgenes del Orinoco, Meta, Arauca, obedecía a que los misioneros transportaban a sus abandonados establecimientos de Barquisimeto y el Yaracuy grupos de familias indígenas, reclutadas en los ríos de los Llanos. Así, por ejemplo, leemos en la ya citada noticia sobre las misiones de capuchinos, que el pueblo de Sarare, en el Estado Lara, fué fundado en 1716, por los misioneros Fray Pedro de Alcalá y Fray Diego de Urbique, a la margen del río de su mismo nombre, con 73 familias de indios Atures, a los que después se agregaron otros que andaban errantes, etc. Estos indios tenían su asiento en el siglo antepasado en las primeras cataratas del Orinoco, de donde han derivado su nombre los Raudales de Atures. Del pueblo de Buría nos dice el mismo documento que fué fundado con el nombre de San Felipe de Buría en 1722, con indios gentiles de las naciones Taparotas y Guáricos y que habiéndose fugado éstos, los capuchinos repoblaron el lugar con Caquetíos y Ajaguas que reunieron en número de 560. Los indios Taparitas se conocen hoy por pequeñas hordas de este nombre que viven en la margen izquierda del río Caura, en tanto que los Guáricos, primitivos pobladores de los Llanos, han desaparecido, absorbidos por las razas blanca y negra, cuyo producto híbrido constituye la población actual de las llanuras. Otras misiones fundadas, al parecer, con elementos exóticos, fueron las de San Javier o Agua de Culebras. y la de Nuestra Señora de la Caridad de las Tinajas, situadas en las montañas de Albarico, al Norte de San Felipe. De la primera nos informa el documento que venimos citando, que fué fundada en 1743 por Fray Marcelino de San Vicente con indios de las naciones Masparros y Atatures; con respecto a la de Las Tinajas, distante una legua de la primera, que fué establecida en 1720 con indios gentiles de la nación Guáricos, pero que habiéndose fugado éstos, estuvo abandonado el pueblo hasta 1752, en cuyo año se reedificó con algunos indios dispersos, a los que se agregaron otros indios gentiles y "apóstatas" de la nación guagiba y guamo. El calificativo de "apóstata" nos indica, desde luego, que estos indios habían estado anteriormente en manos de los

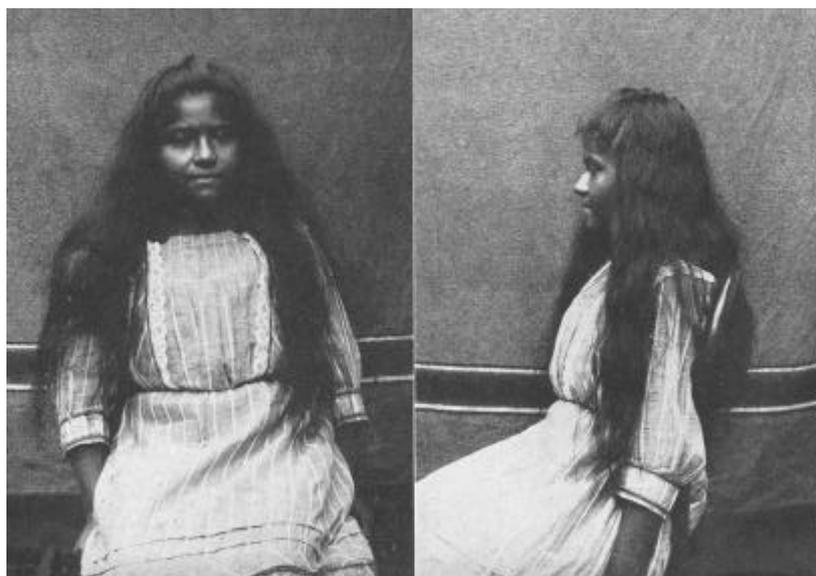
(18) Telasco A. Mac Pherson. Diccionario Histórico, geográfico, estadístico y biográfico del Estado Lara.-Puerto Cabello, 1883

misioneros, probablemente al sacarlos de sus primitivos asentos en las márgenes de los ríos Apure, Arauca u Orinoco. Los guahibos viven hoy en las llanuras de la margen izquierda del Orinoco, entre los ríos Arauca y Vichada y los Cuibas, que a nuestro juicio son una parcialidad de los primeros, recorren las orillas del Bajo Meta en continua lucha con los criollos. En cuanto a los Cuibas del Estado Lara, sabemos que estaban establecidos allí cuando hicieron sus primeras incursiones los conquistadores al mando de Federmann en 1530.

Herrera, en su "Historia General de las Indias Occidentales", tomo IV, pág. 248, dice que todo el trayecto entre Barquisimeto y el Tocuyo estaba poblado por Cuibas y Cuyones y otras diversas lenguas y lo mismo afirma Oviedo y Baños en la página 235 del tomo II de su obra. De modo que, o estos indios se trasladaron en el transcurso del tiempo desde su primitivo asiento de Barquisimeto a las márgenes del Meta, o los que aquí habitan en la actualidad con el nombre de Cuibas nada tienen de común con los del Estado Lara. En la suposición de que tuviesen una lengua común los Cuibas y los Guahibos del Meta y que así mismo fueran afines los Cuibas y Gayones del Estado Lara, tratamos de inquirir por medio de la comparación lingüística si ambos Cuibas eran de un mismo origen. La comparación de nuestro vocabulario Gayon con los conocidos del Guahibo del Meta y Vichada revela que no existe ningún nexo entre ambas lenguas.

En cuanto a las otras tribus citadas en el informe de las Misiones de Capuchinos, aparentemente exóticas en los Estados Lara y Yaracuy, debemos considerarlas como huéspedes ocasionales llevados allí por los misioneros a principios del siglo diez y ocho. Robustece esta aserción nuestra el siguiente párrafo del informe capuchino: "considerando los religiosos misioneros los muchos pueblos que se habían fundado en los Llanos de esta Provincia de diferentes naciones de indios, y la poca permanencia que habían tenido, pues hallándose en su tierra sin sujeción, se habían vuelto muchos al gentilismo, perdiéndose muchos pueblos que se habían fundado a costa de imponderables trabajos, fatigas, y gastos excesivos que se habían hecho, por cuyo motivo había consultado a su Majestad su Gobernador (que entonces era don Nicolás Eugenio de Ponte) el que convendría se mudasen los indios que estaban poblados en nuestras misiones de los Llanos a la costa del mar, como parece de la Real Cédula despachada en Madrid a 5 de agosto de 1702, como también por ser las tierras de los Llanos infructíferas y pobres de montañas para sembrar, pues sólo producen pastos para las bestias y ganados; y que para mantenerse en ellas los indios es preciso dejarlos en su libertad, desnudos y sin doctrina, para que anden de continuo (como lo acostumbran y así lo quieren) mariscando por los ríos, lagunas, quebradas, etc. en atención y otras cosas que tuvieron presente, determinaron que se poblasen estos indios que se acabaron de sacar, Atatures y Masparros, en las montañas tan fecundas y desiertas que hay en los valles de Barquisimeto; y que los demás que se fuesen sacando, se les diese asiento en dichas montañas, en donde se hallaran muy distantes de los Llanos para ejecutar sus fugas, y se hallan también atacados de algunos pueblos y vecindarios de españoles y otros pueblos de indios antiguos que median entre los Llanos y estas montañas, por donde se les hacia impracticable la fuga..."

En medio del trayecto entre el Tocuyo y Barquisimeto, donde el cronista Herrera sitúa a los Gayones y Cuibas, se halla la industriosa población de Quibor, que en tiempo de la Conquista se llamó, Quibure, emplazada en una sabana alta y árida, a 700 metros sobre el nivel del mar. Cinco kilómetros al Norte de esta población se encuentra el sitio de El Cerrito, compuesto de algunos ranchos habitados por indios puros, descendientes de los antiguos Gayones. No hallamos allí, en 1910, quien pudiera suministrarnos material lingüístico, bien sea por que han olvidado su lengua, o porque, guiados por un sentimiento de mal empleado orgullo, se obstinasen en negar su existencia. Logramos tan solo observar la pureza en que se ha conservado la raza de estos indios y tomar fotografías de algunos tipos de mujeres. Un hermoso tipo joven de estos Gayones nos fué presentado en Quibor, en la casa del doctor Daniel Grateron. Era una muchacha de catorce o quince años, que el dueño de la casa había llevado de El Cerrito para el servicio domestico de su familia. Las fotografías que hicimos de esta india y que reproducimos en este lugar dan una idea de los rasgos fisonómicos que predominan en los indios del Estado Lara, a saber: cara ancha, frente alta y recta, pómulos pronunciados, nariz perfilada, abundante cabellera y cráneo braquicéfalo. Estos mismos rasgos pueden observarse en una india adulta de El Cerrito, cuya fotografía también reproducimos en este lugar.



Joven india Gayón de El Cerrito

Como ya hemos dicho, quedan en Bobare algunos apellidos que recuerdan su origen gayón y en los campos vecinos se observan todavía algunos tipos puros. La lengua de los primitivos pobladores ha desaparecido casi por completo, pues en 1910 sólo quedaban algunos ancianos que la recordaban. Entre estos últimos tuvimos ocasión de entrevistar, gracias a la amable intervención del General Loreto Zavarse, a Antolino Dobobuto, vecino anciano de El Docoré, en jurisdicción de Bobare. De su boca recogimos el pequeño vocabulario gayón que publicamos en el apéndice de esta obra. El vocabulario ayomán, que también publicamos, en el apéndice, lo confeccionamos en agosto de 1910 en San Miguel, con ayuda de la india octogenaria Carmen Ramos, muerta en 1913 a la edad de 86 años, según refiere Oramas.

Oramas ha comparado algunas voces de los vocabularios ayomán, gayón y jirajára y encuentra que estos dialectos tienen afinidad con el betoya, caribe, yaruro y aruaco; pero dice muy bien, al referirse a la conclusión de Arcaya, a quien la abundancia de voces túpi inclinan a una derivación de esta lengua, que la presencia de aquellas raíces en el ayomán solo demuestra que hubo relaciones de comercio y contacto, por dominaciones, a que estaban sujetas las hordas indígenas. El mismo autor dice más adelante: "en el grupo que venimos estudiando es notable la gran cantidad de vocablos afines del guagiro (dialecto aruaco) y en las regiones donde tenían su asiento las tribus del mencionado grupo aún quedan nombres guajiros. También en los antiguos apellidos ajaguas, gayones, etc., se nota el origen aruaco, que viene en apoyo de nuestra tesis". Y concluye así su exposición: "...resulta que la mayoría de las palabras del grupo ayoman gayon-jirajara es de origen aruaco y que, por consiguiente, dichos dialectos deben clasificarse como pertenecientes a la familia lingüística aruaca o mojo-maopure."¹⁹

No estamos de acuerdo con la clasificación de Oramas, pues tanto en las antiguas crónicas, como en la relación de Federmann y otros, se dice que el dialecto del grupo ayomán y gayón era totalmente diferente de la lengua de los Caquetíos y el padre Juan Rivero, como ya lo hemos expuesto, dice expresamente que los Jirajaras de Venezuela hablaban el mismo dialecto de los Betoyes de Casanare, refiriendo que un indio de esta tribu, venido del pueblo de Tame, pudo fácilmente hablar con los Jirajaras de Barinas y Pedraza. Por otra parte está ampliamente probada la afinidad de los Xaguas, Ajaguas o Achaguas del Estado Lara y de los Caquetíos de Coro, Lara, Yaracuy, Portuguesa y Zamora con la gran familia aruaca, hasta el punto de poder considerarse a los Caquetíos como el estrato más antiguo de aquella gran familia, que cubriría todo el norte de nuestro continente antes de la conquista caribe. Por todo lo que hemos expuesto con respecto al grupo ayomán-gayón jirajara y, salvo que la comparación de este último con el Betoy estudiado por Beuchaty y Rivet pruebe lo contrario, nos sentimos inclinados a considerar sus dialectos como afines del Betoy y, en consecuencia, relacionados con el Chibcha. Las remotas relaciones que sospecha Lehmann entre el Caquetío y el Chibcha se explican fácilmente por la dominación de los últimos sobre los primeros en los Andes orientales de Colombia, de donde luego pudo ser transportado al Norte de Venezuela el acervo adquirido y pudo éste ser aumentado más tarde por influencias comerciales de los Jirajaras y Ayomanes sobre sus

(19) Luis R. Oramas. -Materiales para el estudio de los dialectos Ayamán, Gayón, Jirajara, Ajagua. -Caracas, 1916, págs. 13 y 14.

vecinos Caquetíos. A este mismo resultado se inclina Brinton en su obra *The American Race*²⁰, lanzando la idea de que pueda también incluirse en el grupo chibcha el dialecto de Siquisique (jirajara), a lo que agrega Lehmann que esto último es todavía muy dudoso²¹.

(20) Brinton. - *The American Race*. - Philadelphia, 1901, págs. 181 a 189.

(21) W. Lehmann. - *Die Sprachen Zentral-Amerikas*. - Berlin 1920. Band I, pág. 9.